

nes, á tal extremo de no poder asistir á varias sesiones; se ignora si por fortuna para el pueblo que todo lo paga murió alguno ó algunos, lo que sería de sentir porque vendría otro con algunas necesidades y más que todo que tragaría más champaña. Como se vé, este sistema es el de moda en todos los Congresos, sean sanitarios, insanos ó diplomáticos.

Queridos compañeros obreros: ya sabéis que vuestra salvación la tenéis en la puerta; no sólo Cristo hizo el milagro de los panes y peces, según la mitológica leyenda: nuestro gobierno, *buscando el bien para el pueblo*, votó treinta y tal vez algún pico más de miles de colones para que el pueblo reciba *con creces* el gran alimento, cual maná del cielo, traído por algún congreso de higienistas para matar el hambre que al pueblo tiene anémico. Ya sabéis que el mejor alimento es el gran invento del siglo xx, esto es, *higiene*, y como nuestro gobierno ha votado *treinta mil colones* sacados del pueblo que bien ha sudado, pero que no sudará más porque no trabajará sino para vestirse, y por alimento comerá *higiene*.

No alcanzamos á comprender el por qué no se ocupan los periodistas ilustrados de pintar el cuadro tristísimo en que se vegeta en nuestro país, y, si lo hacen, jamás ponen de relieve la azarosa situación en que el pueblo está. Hace unos pocos días leí en "La República" que la gran mortalidad de niños no se debía más que al descuido en lo referente á higiene. Nosotros, aunque lo diga la honorable matrona, no estamos de acuerdo: los motivos de la gran mortalidad de niños no es más que falta de alimentación sana y nutritiva en las madres. Si nuestros gobernantes se tomaran el trabajo de bajar de las grandes alturas y ver las necesidades de lo que llama la burguesía el *montón*, se convencerían que la mortalidad tan grande tanto en niños como en adultos, es pura debilidad en el organismo. La mortalidad en los niños de ambos sexos es como lo he dicho antes: á las madres generalmente no les es posible amamantar á sus hijos sino de tres á cuatro meses; después casi les es imposible porque les falta leche y esto por falta de alimentos sanos, nutritivos y en buena cantidad, y como no es posible por la gran carestía de todo, los pobres acuden á los sustitutos y les dan á las infelices criaturas caldo de frijoles y muchas veces hasta los frijoles y plátano y por último agua dulce; otras veces cuando los padres son algo acomodados, les dan á los niños sustancia de carne ó caldo con

pan, otras veces les dan leche condensada ó cualquiera otra cosa. Los anteriores alimentos son la causa de la mortalidad.

Se nos dirá ¿y por qué las madres no se alimentan bien? Por la sencillísima razón que los obreros y las demás clases sociales (no digo la burguesa) no ganan para el cúmulo de impuestos y las más urgentes necesidades del hogar. Otro motivo: esta población carece de todo lo referente á higiene. ¿Viven los pobres en casas con buena luz y ventilación ó viven en pocilgas? ¿Se bebe buena agua ó se bebe mala? y es tan cara que ni en París se paga lo que aquí. Todo esto se les canta á diario á nuestros gobiernos pero pasa como decía mi *agnelita*: les entra por una oreja y les sale por la otra; pero lo que no decía mi *agnelita* es que se tuviera la frescura de gastar treinta mil colones para *comprar* higiene, pero ya que tanto favor se hace á este anémico pueblo suplicamos se nos indique si es en la Fábrica Nacional ó si es algún almacenista el protegido por algún ministro para la venta del restaurador de la vida-higiene, porque de lo contrario si andamos mucho se nos *mata*.

Q. OTOS OIROGERO

Apariencias

El destino, cruel é inexorable para unos, halagüeño y saturado de felicidad para otros, no quiso dispensarnos una gracia á los que anhelamos desarrollar nuestro oprimido cerebro en pro de las comunidades á que humilde pero orgullosamente pertenecemos, hoy abandonadas en el osario del olvido y del indiferentismo. Pero sus alas negras no se ciernen sobre nuestras cabezas para ocultar á nuestros ojos asechadores los acontecimientos en las alturas.

No es la ignorancia sino el espíritu de conservación lo que nos moviliza á embrollarnos en cuestiones de carácter económico y que atañe á nuestros intereses, aunque haya que hacer una defensa grotesca pero franca y sincera confeccionada en nuestra escasa cocina intelectual.

Señalaremos los errores y defectos de que adolecen los aurigas de la Administración Pública nada más; no nos oponemos á las evoluciones cuerdas y sensatas ni aplaudiremos éstas porque están sobradamente remuneradas por el pueblo contribuyente.

Hace pocos meses que la representación nacional, obedeciendo á una médica disposición del Poder Ejecutivo,

vo, malgastaba sus horas gimiendo por la economía que se imponía á los compromisos del gobierno, para que luego en un raptó de entusiasmo se desbordara con la exorbitante cantidad de treinta mil colones que se invertirán en agasajos á los delegados á la Conferencia Sanitaria. Suponerlo es inconcebible, pero lo cierto es que habrá bailes y banquetes, derroche de amabilidad y copas y un sin fin de novedades con las cuales se hará pública manifestación de nuestro adelanto, con lo que no compiten muchas naciones de América y que nos pone casi al nivel de Europa, con la insignificante diferencia que aquellos no lo deben.

Decir que los notables galenos no van á realizar una obra benéfica, sería oponerse á los impulsos de la ciencia y de la civilización; pero serán teorías irrealizables que no descenderán á la práctica si para lograr aquellas tenemos que recurrir á nuestras escasas economías.

Higiene y más higiene, aconsejará la ciencia médica y para ello se dictarán sabias disposiciones, pero no se iluminan las principales: *economía y trabajo* para que el pueblo no muera de hambre.

Es tiempo de que experimentemos las consecuencias graves que pueden acarrearlos semejantes deslices, consecuentes en la infancia pero no en hombres á quienes el vulgo supone de voluminoso cerebro.

Aplaudamos el sermón pero sin tambores para que no pasemos por el penoso trance de que nos vengan á embargar con cornetas.

Cuando se trasciende á cumplimientos hijos de un convencionalismo hipócrita, no quedan mas que huellas de remordimiento en la conciencia; pero cuando se aparenta lo que está en pugna con el estómago, y se suicida sacrificando sus alimentos para relumbrar á los ojos de un visitante es el ridículo más triste y censurable á la presencia de quien no ignora nuestra situación agravante.

Relativamente, la cantidad susodicha, en estos tiempos de penuria para Costa Rica, es como si un pueblo de nuestro mismo terruño se desmoronara con dos ó tres mil colones en un sorprendente recibimiento al Jefe de la Nación, lo que resultaría maravilloso y satisfactorio para un cuerpo municipal que pretendiera quedar galante con los fondos del tesoro, pero nocivo al pueblo que sin ser partícipe de esas ceremonias ve evaporarse sus energías sin provecho alguno para sus perentorias necesidades.

Cuando los señores delegados par-